

—Pronto lo sabremos, Sr. D. Pablo. La noche llega. Hecha la primera cura de estos heridos, usted podrá ir un rato á su casa, y yo espero que me den licencia por una hora.»

## IX

Cuando fui á la casa, ya cerca de las diez, aún no había regresado D. Pablo. Dejé abajo el fusil y subí sin tardanza, anhelando saber de Siseta y de la señorita, y á las dos me las encontré en la sala en actitud no muy tranquilizadora. Estaba Josefina recostada en su silla con muestra de languidez y postración, pero con los ojos abiertos, atentamente fijos en la puerta. De rodillas, á su lado, Siseta le tomaba las manos, y con ademanes y palabras tiernas, á pesar de no ser oídas, procuraba tranquilizarla.

«Gracias á Dios que viene alguien de la casa—me dijo Siseta.—¡Qué día hemos pasado! ¿Y el Sr. D. Pablo, y la señora Sumta y mis tres hermanos?»

Respondíle que á ninguno de los nuestros había pasado desgracia, y ella prosiguió:

«La señorita quería salir á la calle, y he tenido que luchar con ella para detenerla. Todo lo comprende, y aunque no oye los cañonazos, se estremece toda, y tiembla cuando resuena alguno, aunque sea muy lejano. Tan

pronto lloraba como caña en mis brazos desmayada llamando sin cesar á su padre. La pobrecita sabe muy bien que hay guerra en Gerona. Yo también he tenido un miedo... Figúrate: aquí solas... A cada instante me parecía que la casa se venía al suelo. Pero lo peor fué que se nos metieron aquí unos hombres... No me quiero acordar, Andrés. A eso de las dos, y cuando pareció que se acababan los tiros, entraron seis ó siete patriotas, unos con uniforme, otros sin él, y todos con fusiles. Cuando nos vieron, empezaron á reirse de nuestro susto, y luego dieron en registrar la casa, diciendo que querían llevarse todo lo que había de comida, porque la tropa estaba muerta de hambre. La señorita se quedó como difunta cuando los vió, y ellos por broma nos apuntaban con los fusiles, para oírnos gritar llamando á todos los santos en nuestra ayuda. Aunque eran unos bárbaros, no nos hicieron daño alguno más que el gran susto, y el llevarse cuanto encontraron en la cocina y en la despensa. ¡Ay, Andrés! No han dejado nada de lo que el Sr. D. Pablo había guardado, y esta noche no se encontrará aquí ni una miga de pan que llevar á la boca. ¡Cómo se reían los malditos al meter en un gran saco lo mucho y bueno que encontraron! Yo les rogué que dejaran alguna cosa; pero volvieron á apuntarme con los fusiles, diciendo que la tropa tenía gana, y que la señora Sumta les había dicho que estas despensas estaban bien provistas.»

No había concluido mi amiga su relación,

cuando entró el Sr. D. Pablo; mas para no presentarse á su hija con el brazo manchado de sangre, pasó á una habitación interior, con objeto de arreglarse un poco y vendar su herida. Al punto me reuní con él para contarle lo ocurrido.

«¡Dios y la Virgen Santísima nos amparen!—exclamó con consternación.—¡Con que me han saqueado la casa! La culpa tiene esa maldita y siempre habladora Sumta, que por todas partes ha de ir pregonando si tenemos ó no tenemos provisiones. ¿Y mi hija? La pobrecita habrá comprendido que se encuentra en el cráter de un espantoso volcán, y serán inútiles todas nuestras comedias para convencerla de lo contrario. Es preciso buscar algo que comer, Andrés; sí, algo que comer. Mi hija se morirá de terror; pero no quiero que se muera de hambre.

—Nada se encuentra en Gerona—respondí,—y menos á estas horas.

—¡Qué calamidad! Pero ¿cómo es posible?—dijo en la mayor confusión, mientras yo le vendaba su herida, y se mudaba de vestido.—¡Ay! cómo me duele el brazo; pero es preciso disimular. Andrés, no te marches. Esta noche necesito de tu ayuda... Es preciso que busquemos algún alimento.»

Al presentarse delante de su hija, ésta mostró su alegría claramente, abrazándole con cariño; pero al punto sus ojos revelaron vivísimo espanto, echó atrás la cabeza, y cruzando las manos exclamó:

«¡Sangre!

—¿Qué hablas de sangre, hija mía?—dijo el padre desconcertado.—Que estoy manchado de sangre... Ya... sí, en la chupa hay algunas gotas... pero déjame que te cuente. ¿Sabes que he ido de caza?»

La muchacha no entendía.

«Que fui de caza—escribió en el pliego de papel D. Pablo.—Un compromiso; no me pude evadir. El magistral y D. Pedro me cogieron, y zás, al campo... He matado tres conejos.»

La enferma, oprimiéndose la cabeza entre las manos, gritó:

«¡Guerra en Gerona!

—¿Qué hablas ahí de guerra? Lo que hay es que hemos tenido hoy un fuerte temporal... Me he mudado de ropa, porque me puse como una uva. ¿Has comido hoy bien?

—No ha tomado nada—dijo Siseta.—Ya sabrá su merced por Andrés que unos bergantes saquearon la casa.»

Esto pasaba, cuando sentimos gran estruendo en lo bajo de la vivienda, no estampido de bombas y granadas, sino clamor chillón y estridente, de mil desacordes ruidos compuesto, tales como patadas, bufidos, cacharrazos y sonos bélicos de varia índole; pero que al pronto revelaban proceder de una muchedumbre infantil que se había metido por las puertas adentro. Nomdedeu, lleno de confusión, miraba á todos lados, inquiriendo con los ojos qué podía ser aquello; pero pronto él y los demás salimos de dudas, viendo entrar una turba de chiquillos que, desvergonzadamente y sin respeto á nadie, se colaron en

la sala, dando golpes, empujándose, chillando, eacareando y berreando en los más desacordes tonos. Dos de ellos llevaban colgados al cinto sendos cacharros sobre cuyo abollado fondo redoblaban con palillos de sillas viejas; varios tocaban la trompeta con la nariz, y todos, al compás de la inaguantable música, bailaban con ágiles brincoš y cabriolas. Parecía una ehusma infernal saliendo de las escuelas de Plutón.

No necesito decir que al frente del ejército venían Manalet y Badoret, este último llevando á cuestras á Gasparó, tal como le ví en la muralla. Ninguno dejaba de llevar palo, caldero viejo ó vara con pingajos colgados de la punta, con cuyos objetos se simulaban fusiles, tambores y banderas. Un fondo de silla de paja atado á una cuerda y arrastrado por el suelo, servía de trofeo á uno, y otro adornaba su cabeza con un cesto medio deshecho, no faltando las casacas de militares hechas jirones, y los morriones de antigua forma con descoloridas plumas adornados.

D. Pablo, ciego de cólera y fuera de sí, apostrofó á los muchachos tan violentamente, que faltó poco para que perdieran en un punto su bélico entusiasmo.

«Granujas, largo de aquí al instante—les dijo.—¿Qué desvergüenza es ésta? ¡Meterse en mi casa de este modo!»

Siseta, indignada de tal audacia, cogió por un brazo á Manalet, que acertó á pasar junto á ella, y comenzó á vapulearle de un modo lastimoso. Yo también tomé parte en la persecu-

ción del enjambre, y empezó el reparto de pe-cozones á diestra y siniestra. Pero de pronto observamos que la enferma contemplaba á los desvergonzados muchachos con complaciente atención, y sonreía con tanta espontaneidad y desahogo, como si su alma sintiera indecible gozo ante aquel espectáculo. Hícelo notar al Sr. D. Pablo, y al punto éste se puso de parte de los alborotadores, conteniendo á Siseta que iba sobre ellos con implacable furor.

«Dejarles—dijo Nomdedeu.— Mi hija demuestra que está muy complacida viendo á esta canalla. Mira cómo se ríe, Andrés; observa cómo les aplaude. Bien, muchachos; corred y chillad alrededor del cuarto.»

Y diciendo esto, D. Pablo, en medio de la sala, empezó á llevar el compás. En mal hora se les ordenó seguir. ¡Santo Dios! ¡Qué algazara, qué estrépito! Parecía que la sala se hundía. Baste decir que se extralimitaron de tal modo, dejándose llevar á los últimos delirios de la travesura, que al fin fué preciso poner freno á tanto juego y vocerío, porque hasta llegó el caso de que los transeuntes se detuvieran en la calle, sorprendidos y escandalizados por tan desusado rumor.

«¿Dónde has estado todo el día?—preguntó Siseta echando mano á Badoret, y deteniéndole.— ¡Y la criatura tiene sangre en el pie! Ven acá, condenado, me las pagarás todas juntas. Espera á que bajemos á casa, y verás. Y tú, Manalet de mil demonios, ¿qué has hecho de la camisa?»

—En la calle de la Ballestería estaban cu-

rando unos heridos y no tenían trapos. Me quité la camisa y la dí.

—¿Para qué habéis traído á casa tanto muchacho mal criado?

—Son nuestros amigos, hermana—repuso Badoret.—Hemos estado en el Capitol, y allí nos han dado un poco de vino. Siseta, aquí en el seno te traigo cinco guindas.

—Marrano, ¿piensas que las voy á comer de tus manos asquerosas? Ven acá, Gasparó. Este pobrecito no habrá comido nada. ¿Qué te han hecho en el pie, que tienes sangre?

—Hermana, una bala de cañón pasó por donde estábamos, y si Gasparó no se hace para un lado, le lleva medio cuerpo; no le cogió más que la uña chica. ¡Si vieras qué valiente ha estado! Se metió debajo del cañón y allí se estuvo mirando á los franceses que querían subir á la muralla. Y les amenazaba con el puño cerrado. ¡Bonito genio tiene mi niño! Pues no creas... ningún francés se metió con él.

—Te voy á desollar vivo—le dijo Siseta.—Espera, espera á que bajemos. A ver si se marcha pronto de aquí toda esa canalla.

—No, que se aguarden un poco—indicó D. Pablo.—Son unos jovenzuelos muy salados. Mira qué contenta está Josefina. Lo que quiere, Badoret, es que no metáis mucho ruido. Bailad y marchad de largo á largo por toda la casa; pero sin gritar, para que no se escandalice la vecindad. Y dime, Manalet, ¿traéis algo de comer?

—Yo traigo cinco guindas,—dijo prontamente Badoret sacándolas del seno.

—Dadme con disimulo y sin que lo vea mi hija todo lo que traigáis, que yo os daré ochavos para que compréis pólvora.

—Pauet tiene cuatro guindas,—dijo Manalet.

—Pues vengan acá.

—Y yo tengo también un pedazo de pan, que me sobró del que me dió la monja.

—Pepet—dijo otro de mis chicos,—trae acá ese medio pepino que le cogiste al soldado muerto.

—Yo doy este pedazo de bacalao,—dijo otro, entregando la ofrenda en manos de Don Pablo.

—Y yo esta cabeza de gallina cruda,—añadió un tercero.

En un momento se reunieron diversos manjares, tales como tronchos de col, que llevaban impreso el sello de las limpias manos de sus generosos dueños; garbanzos crudos que habían sido sacados por los agujeros de las sacas por sutilísimos dedos; algunos pedazos de cecina; andrajos de buñuelos; zanahorias; dos ó tres almendras en confite, que ya habían recibido muchas mordidas, y otras viandas, tan liberalmente entregadas como alegremente recibidas. Procurando que no se enterase su hija, llamó D. Pablo á la señora Sumta, que acababa de llegar en aquel instante, y llevándola tras el sillón de la enferma, le dijo:

«A ver si con todo esto compone usted una cena para la enferma. Es preciso hacerle creer que nadamos en la abundancia.

—¿Qué hemos de hacer con esto, señor, si

no lo querrá ni la gata? En casa no falta que comer.

—¡Maldita sargentona, todo se lo han llevado, todo lo han saqueado unos malditos militares que se entraron aquí! Si usted no fuera tan entrometida, tan bocona y tan amiga de meterse donde no la llaman y de hablar lo que nadie le pregunta, no nos veríamos en ésta... Y no digo más. Avíe usted una cena con esto; que mañana Dios dirá. ¿Se ha olvidado usted de cocinar? ¡Lástima que no se le reventara el fusil entre las manos, á ver si se curaba de sus locuras! A la cocina. ¡Uff Pronto á la cocina. Está usted apestando á pólvora.»

Los muchachos, que, como todos los de su edad, eran de los que si se les da el pie se toman la mano, luego que se vieron autorizados por el dueño de la casa para hacer de las suyas, dieron rienda suelta á la bulliciosa iniciativa, y no fué gresca la que armaron. Rodeando la mesa que la enferma tenía ante su sillón, no se dieron por satisfechos con mirar los distintos objetos que en ella había, sino que en todos pusieron las manos, tocando, tentando y moviendo cuanto vieron. Josefina, lejos de manifestar disgusto por tanta impertinencia, se reía de ver su inquietud. Por señas indicó á su padre que debía dar de cenar á los importunos visitantes, á lo que contestó con palabras y cierta festiva ironía D. Pablo:

«Sí, ahora. Sumta les está preparando un opíparo banquete.»

Padre é hija dialogaron un rato, como Dios les dió á entender, y al fin la enferma, con voz clara y entera, habló así:

«No, no me pueden convencer de que no hay guerra en Gerona. Usted no ha ido de caza, sino á curar á los heridos, y estos chicos que vienen imitando á los soldados hacen ahora lo mismo que han visto.

— ¡Qué habladora está! — dijo Nomdedeu. — Buen síntoma. En un año no le he oído tantas palabras juntas. Está visto que las travesuras y lindezas de estos muchachos han reanimado su espíritu. Andrés, y tú, Siseta, riámonos todos, mostrando hallarnos muy satisfechos.»

Según la orden del amo, prorrumpimos en sonoras risas, secundados al punto por el coro infantil. D. Pablo sentóse luego junto á ella, y tomando la pluma se preparó á comunicarle algo grave y largo y difícil de exprimir por señas, pues sólo en este caso se valía Nomdedeu del lenguaje escrito. Púseme tras de su asiento, y pude leer, mientras escribía, lo que sigue:

«Hija mía, tienes razón. Hay guerra en Gerona. Yo no te lo quería decir por no asustarte; pero pues lo has adivinado, basta de engaños y comedias. Ni yo he estado de caza, ni he pensado en ello. Voy á contarte lo ocurrido para que no estimes ni en más ni en menos los sucesos de este gran día. Cierto es que los franceses han vuelto á poner cerco á Gerona. Hace tiempo que se presentó amenazándonos un ejército de doscientos mil hom-

bres, mandado por el mismo Emperador Napoleón en persona.»

Josefina, al leer esto, que era de lo más gordo, mirónos á todos, interrogándonos con los ojos acerca de la exactitud de tal noticia, y no necesitamos que D. Pablo nos lo advirtiera para hacer demostraciones afirmativas que hubieran convencido á la misma duda. El padre continuó así:

«Has de saber que ahora tenemos aquí un Gobernador que llaman D. Mariano Alvarez de Castro, el cual, en cuanto vió venir á los franceses, dispuso las cosas de manera que no quedara uno solo para contarlo. Concertó de modo que un ejército español de quinientos mil hombres, que estaba ahí por Aragón sin saber qué hacerse, viniese en nuestra ayuda por el lado de Montelibi, precisamente cuando los franceses nos atacaban esta mañana por el otro lado. Al amanecer rompieron el fuego; desde la muralla de Alemanes se veía á Napoleon I montado en un caballo blanco, y con un grandísimo morrión todo lleno de plumas en la cabeza. Embisten los franceses... ¡Ayl hija mía: habías tú de ver aquello. Nuestros soldados les barrían materialmente, y como á la hora de empezar el combate apareció el ejército de quinientos mil hombres como llovido, los pobres *cerdos* no supieron á qué santo encomendarse. En fin, hija mía, les hemos dado una paliza tal, que á estas horas van todos camino de Francia con su Emperador á la cabeza, con lo cual se acaba la guerra, y pronto tendremos aquí á nuestro Rey Fernando.»

Josefina volvió á asesorarse de nosotros antes de dar crédito á tales maravillas.

«Yo no te lo había querido decir—continuó Nomdedeu,—por no asustarte; pero el júbilo de la ciudad es tan grande, que ni aun tú, que estás tan retraída, podrías dejar de conocerlo. Lo mismo que estos chicos andan los mayores por el pueblo, entregados á las manifestaciones de un delirante regocijo. Figúrate que en los pasados días los franceses, que andaban por ahí, no permitían llegar comestibles al pueblo, y hoy todo es abundancia; y además de lo que puede venir, tenemos todo lo que al enemigo se ha cogido, que es, si no me engaño, tantos miles de bueyes, no sé cuántos millones de sacos de harina, y los miles de los miles en gallinas, huevos, etc... Ya podemos marchar á Castellá cuando quieras...

—Mañana mismo,—dijo Josefina con afán.

—Sí, mañana mismo—escribió D. Pablo.—Estamos como queremos, y jamás ha tenido Gerona temporada más alegre, más animada. La gente está loca de contento, y todo se vuelve cantos y bailes, y felicitaciones y regocijos. Como los víveres han entrado esta tarde con abundancia fenomenal, hija mía, yo te he traído de todo cuanto hay en la plaza; y aunque tu estómago sigue débil, creo que debes tomar de todo, con tal que sea en dosis muy pequeñas. Sobre todo consulté á D. Pedro, mi compañero en el hospital, y me dijo que convenía alimentarte con una gran diversidad de manjares, tomando de cada uno

ración muy mínima, y cuidando, según lo ordena Hipócrates, de que alternen en un mismo plato la cecina y las guindas, los buñuelos con la leguminosa *cicer pisum*, que llamamos garbanzo, y las almendras confitadas con esa planta salutífera que se conoce en la ciencia por *Beta vulgaris latifolia*, y que comunmente llamamos acelga, manjar de gran virtud medicinal, si se le mezcla con dulce, con nueces y hasta con un poquito de bacalao. Con que disponte á cenar, que mañana, si el día está bueno, se podrá ir á Castellá; aunque á decir verdad, hija mía, ahora caigo en que tal vez sea difícil, porque todos los carros y caballerías del pueblo los ha tomado la Junta con objeto de organizar la gran procesión y cabalgata con que ha de celebrarse este triunfo sin igual. Pero será cosa de dos ó tres días. Es preciso que te animes para salir á ver las iluminaciones de esta noche, aunque hablando en puridad no te conviene tomar el sereno; y para que participes de la común alegría, aquí tenemos á Andrés y á Siseta, que se prestarán á bailar delante de tí con los chicos un poco de sardana y otro poco de tirabou, comenzando esta noche, para que también en esta casa se manifieste la inmensa satisfacción y patriótico alborozo de que está poseída la ciudad. Como tú no oyes, suprimiremos el fluiol y la tanora, que sólo sirven para meter inútil ruido. Con que puedes dar la señal para que comience la fiesta. Yo voy un instante á preparar en el comedor la riquísima y abundante cena con que obsequiaremos

á estos jóvenes, así como á los preciosos y bien educados niños.»

Y luego, volviéndose á Siseta y á mí, nos dijo:

«No hay más remedio. Es preciso bailar un poquito, aunque supongo, Andrés, que ese cuerpo, venido hace poco de Santa Lucía, no estará para sardanas. Pero, amigos, bailando hacéis una obra de caridad. ¡Quién lo había de decir! ¡Hay tantas maneras de practicar el Santo Evangelio!»

## X

El lector no lo creerá; el lector encontrará inverosímil que bailásemos Siseta y yo en aquella lúgubre noche, precisamente en los instantes en que, incendiados varios edificios de la ciudad, ésta ofrecía en su estrecho recinto frecuentes escenas de desolación y angustia. Formando con ocho chiquillos un gran ruedo, bailamos, sí, obedeciendo á la apremiante sugestión de aquel padre cariñoso que nos pedía con lágrimas en los ojos nuestra cooperación en la difícil comedia con que engañaba el delicado espíritu de su hija; pero bailamos en silencio, sin música, y nuestras figuras movibles y saltonas tenían no sé qué aspecto mortuorio. Nuestras sombras proyectadas en la pared remedaban una danza de espectros, y los

únicos rumores que á aquel baile acompañaban eran, además de nuestros paseos, el roce de los vestidos de Siseta, el retemblar del piso, y un ligero canto entre dientes de Badoret, que al mismo tiempo hacía ademán de tocar el fluvio y la tanora.

Por mi parte sostenía interiormente una ruda lucha conmigo mismo para contraer y esforzar mi espíritu en la horrible comedia que estaba representando, é iguales angustias experimentaba Siseta, según después me dijo.

Al fin la turbación moral, unida al cansancio, me hicieron exclamar: «ya no puedo más,» arrojándome casi sin aliento en un sillón. Lo mismo hizo Siseta.

Pero Josefina, que nos contemplaba con indecible satisfacción y agrado, pidiéndonos que bailásemos más, y con elocuentes miradas dirigidas á su padre, nos decía que éramos unos holgazanes sin cortesía. Viérais allí al buen Don Pablo suplicándonos que bailáramos, por la salvación eterna; y ¿que habíamos de hacer? Bailamos como insensatos segunda y tercera tanda. Al fin nos sirvió de pretexto para descansar el hecho de servirse á la desgraciada joven la hipocrática cena de que antes he hecho mención, la cual fué acompañada de elocuentes discursos mímicos y orales del Dr. Nomedeu, quien ponderaba á su idolatrada enferma las excelencias del repugnante pisto, servido en nueve ó diez platos en raciones microscópicas. Todo aquello era una farsa lúgubre que oprimía el corazón, y D. Pablo que la presidía, el infeliz D. Pablo, escualido, ojeroso,

amarillo, trémulo, parecía haber salido de la sepultura y esperar el canto del gallo para volverse á ella. Siseta lloraba á escondidas, y algunos de los chicos, rendidos al poderoso sueño y á la gran fatiga, habían estirado los miembros y cerrado los ojos en diversos puntos, donde cada cual encontró mejor comodidad y fácil postura.

«Sr. D. Pablo — dije al médico, — no nos mande usted bailar más, porque nosotros mismos creemos que estamos locos.

—Hijos míos— me contestó,— tengo el corazón partido de dolor. Necesito estar en batalla constantemente para contener las lágrimas que se me caen de los ojos. ¡Pobre Geronal! ¿Existirás mañana? ¿Estarán mañana en pie tus nobles casas y con vida tus valientes hijos? ¡Yo tengo espíritu para todo: para lamentar y llorar la muerte de mi ciudad natal, y atender al cuidado de mi pobre hijal! ¿Qué cuesta representar esta farsa? Nada: la pobrecilla se deja engañar fácilmente, y como su enfermedad no es otra cosa que una fuerte pasión de ánimo, en el ánimo se han de aplicar los cauterios, las cataplasmas, los tónicos y los emolientes que le he recetado esta noche. Puede que le hayamos salvado la vida. ¿Sabéis lo que significan en naturaleza tan delicada, tan sutilmente sensible, una triste ó agradable impresión? Pues significa tanto como la vida ó la muerte. Sí, hijos míos: si yo no cuidara de ocultar á mi hija las angustias que atravesamos, se debilitaría su sér de tal suerte que el menor accidente la mataría, como un soplo de

viento apaga la luz. Es preciso resguardar esta pobre lámpara del aire que la mata, y darla el que la vivifica. Así va tirando, tirando, y quién sabe si la podré salvar. Sed, pues, caritativos y procurad divertirla. Ved cómo se ríe; reparad qué precioso color han tomado sus mejillas. La creencia de que Gerona está llena de felicidades, y la esperanza de ser llevada pronto á Castellá, la fortifican y dan nueva vida. Esta noche marchamos bien; pero mañana ¿qué haré, que la diré mañana? Si escasean cada día más los víveres, como es probable; si se declaran el hambre y la epidemia, y caen bombas en parajes cercanos, ó aquí mismo, ¿qué comedia representaremos? Dios me favorezca y me inspire, pues para su infinita misericordia nada hay imposible.

—Estoy muerto de cansancio—dije yo, viendo que Josefina pedía más baile,—y además es tarde y tengo que marcharme á mi puesto.»

Siseta ya no podía tenerse en pie, y la señora Sumta, que yacía en el suelo con la inmovilidad de un talego, roncaba sonoramente, remedando en la cavidad de sus fosas nasales el lejano zumbido del cañón. Badoret, cansado ya de tocar en silencio el fluvial y la tanora, dormía como los demás chicos. D. Pablo, bastante generoso para no exigirnos imposibles, se apresuró á complacer á la enferma, poseída de cierto febril insomnio, y se puso á danzar en medio de la sala, haciendo corro con cuatro chicos de los más despabilados. Cuando yo salí, quedaba el pobre señor haciendo piruetas

y cabriolas con ningún arte y mucha torpeza; pero su incapacidad para el baile, provocando la hilaridad de su hija, más le inducía á seguir bailando. Daba saltos, alzaba los brazos descompasadamente, se descoyuntaba de pies y manos, tropezaba á cada instante, inclinándose adelante ó atrás; trazaba mil figuras grotescas y estrambóticas que en otra ocasión me habrían hecho reír, y un sudor angustioso afluía de su rostro macilento, desfigurado por las muecas y visajes á que le obligaban el fatigoso movimiento y los agudos dolores de su herida. Nunca ví espectáculo que tanto me entristeciera.

## XI

Lo que he referido á ustedes se repitió algunos días. Después vinieron circunstancias distintas, y todo cambió. Los franceses, escarmentados con la vigorosa y nunca vista defensa del 19 de Septiembre, mediante la cual se estrellaron contra todos los puntos de la muralla que quisieron franquear, no se atrevían al asalto. Tenían miedo, dicho sea esto sin petulancia; conocían la imposibilidad de abrir las puertas de Gerona por la fuerza de las armas, y se detuvieron en su línea de bloqueo, con intención de matarnos de hambre. El 26 de Septiembre llegó al campo enemigo

el Mariscal Augereau, el cual dicen se había distinguido en las guerras de la República y en el Rosellón; trajo consigo más tropas, las cuales, poniéndonos por todos lados cerco muy estrecho, nos encerraron de modo que no podría entrar ni una mosca. No necesito decir á ustedes que los pocos víveres que había se fueron acabando, hasta que no quedó nada, sin que el Gobernador diera á esto importancia aparente, pues cada hora se sostenía más en su tema de que Gerona no se rendiría mientras él viviese, y aunque media población sucumbiera á las penas del hambre y á las calenturas que se iban desarrollando al compás de no comer.

Ya no era posible pensar en socorros, como no vinieran por los aires. Ya no teníamos el triste recurso de buscar la muerte en las murallas, porque ellos no se cuidaban de asaltarlas; era forzoso cruzarse de brazos y dejarse morir, mirando la efigie impasible de D. Mariano Alvarez, cuyos ojos vivos no paraban nunca, observando aquí y allí nuestras caras, por ver si alguna tenía trazas de desaliento ó cobardía. Estábamos moralmente aprisionados entre las garras de acero de su caracter, y no nos era dado exhalar una queja ni un suspiro, ni hacer movimiento que le disgustara, ni dar á entender que amábamos la libertad, la vida, la salud. En suma, le teníamos más miedo que á todos los ejércitos franceses juntos.

Morir en la brecha es no sólo glorioso, sino hasta cierto punto placentero. La bata-

lla emborrachaba como el vino, y deliciosos humos y vapores se suben á la cabeza, borrando en nuestra mente la idea del peligro, y en nuestro corazón el dulce cariño á la vida; pero morir de hambre en las calles es horrible, desesperante, y en la tétrica agonía ningún sentimiento consolador ni risueña idea alborozan el alma, irritada y furiosa contra el mísero cuerpo que se le escapa. En la batalla, la vista del compañero anima; en el hambre, el semejante estorba. Pasa lo mismo que en el naufragio: se aborrece al prójimo, porque la salvación, sea tabla, sea pedazo de pan, debe repartirse entre muchos.

Llegó el mes de Octubre, y se acabó todo, señores: acabáronse la harina, la carne, las legumbres. No quedaba sino algún trigo averiado, que no se podía moler. ¿Por qué no se podía moler? Porque nos comimos las caballerías que movían los molinos. Se pusieron hombres; pero los hombres, extenuados de hambre, se caían al suelo. Quedaba el recurso de comer el trigo como lo comen las bestias: crudo y entero. Algunos lo machacaban entre dos piedras y hacían tortas, que cocían en el rescoldo de los incendios. Aún quedaban algunos asnos; pero se acabó el forraje, y entonces los animalitos se juntaban de dos en dos, y se mantenían comiéndose mutuamente sus crines. Fué preciso matarlos antes que enflaquecieran más; y al fin la carne de asno, que es la más desabrida de las carnes, se acabó también. Muchos vecinos habían sembrado hortalizas en los patios de las casas, en tiestos y aun en las calles; pe-

ro las hortalizas no nacieron. Todo moría, Humanidad y Naturaleza; todo era esterilidad dentro de Gerona, y empezó una guerra espantosa entre los diversos órdenes de la vida, destruyéndose de mayor á menor. Era una guerra á muerte en la animalidad hambrienta, y si junto al hombre hubiera existido un sér superior, nos hubiéramos visto cazados y engullidos.

Yo padecía las más crueles penas, no sólo por mí, sino por la infeliz Siseta y sus tres hermanos, que carecían absolutamente de todo. Los chicos eran al principio los mejor librados, porque ellos salían á la calle, y merodeando ó husmeando aquí y allá, siempre sacaban alguna cosa; pero Siseta, la pobre Siseta, no tenía más amparo que yo, y yo me volvía loco para buscarle sustento. Había, sí, algunos víveres en la plaza, y se encontraban pececillos del Oñá que más que peces parecían insectos, y pájaros escuálidos, que eran cazados desde los tejados; también había alguna carne de mulo y de perro; pero para adquirir estos artículos se necesitaba dinero, mucho dinero, y nosotros no teníamos. La ración de trigo seco había llegado á sernos tan repugnante como un veneno.

D. Pablo Nomdedeu gastaba todos sus ahorros para poner á su hija una mala comida, y fué de los que dieron por una gallina diez y seis ó veinte pesos, cuando algún payés, afrontando mil peligros y venciendo obstáculos mil, lograba entrar en la Plaza. En los días de la gran escasez, la señora Sumta no bajaba á

casa de Siseta, y los chicos se secaban los ojos mirando á la escalera por ver si descendía por ella algo de maná. Llegó también el día en que Badoret, Manalet y Gasparó se cansaron de sus correrías por las calles, porque de todas partes eran expulsados los muchachos vagabundos, por la mala opinión que había respecto á la limpieza de sus manos. Flacos y casi desnudos, mis tres hermanos ó mis tres hijos, pues como á tales los traté siempre, inspiraban profunda compasión, y formando lastimero grupo junto á Siseta, permanecían largas horas en silencio, sin juegos ni risas, tan graves como ancianos decrepitos, inertes y quebrantados, sin más apariencia de vida que el resplandor de sus grandes ojos negros, llenos de ansioso afán. Siseta les miraba lo menos posible, deseando así conservar la calma que se había impuesto como un deber, y hasta se atrevía á mostrar severidad, creyendo equivocadamente que en tal trance la fuerza moral servía de alguna cosa.

Yo estuve tres días sin verles, porque mis obligaciones me impedían ir á la casa. Cuando fuí, encontréles en la situación que he descrito.

Desde luego admiré la entereza de los pobres niños, bastante inteligentes para no importunarnos pidiéndonos lo que sabían no podrían darles. Unicamente Gasparó, comiéndose sus puños y bebiéndose sus lágrimas, faltaba á la circunspección sostenida por sus hermanos. Llegó un momento en que Siseta, no pudiendo contener su dolor, empezó á llo-

rar amargamente, registrando después los últimos rincones de la casa por ver si parecía de milagro alguna vianda. Yo salí, volví á entrar, salí de nuevo y regresé, después de dar mil vueltas, con la terrible evidencia de que no podía encontrar nada.

Repentinamente me ocurrió una idea salvadora.

«Siseta—dije á mi amiga.—Hace días que no veo á Pichota; pero supongo que andará por ahí con sus tres gatitos.»

—¡Oh!—me respondió con dolor.—¿No sabes que el Sr. D. Pablo ha acabado con toda la familia? ¡Pobre Pichota! El dice que es una carne excelente; pero yo creo que me moriría de hambre antes de comerla.

—¿Ha muerto Pichota? No sabía nada. ¿Y también los tres angelitos?..

—No te lo quería decir. En estos últimos días que has faltado de casa, D. Pablo bajaba con frecuencia. Un día se me puso delante de rodillas, rogándole que le diera algo para su hija, pues ya no tenía víveres, ni dinero para comprarlos. Cuando esto me decía, uno de los gatitos me saltó al hombro, y D. Pablo, echándole mano con mucha presteza, se lo guardó en el bolsillo. Al día siguiente bajó de nuevo y me ofreció los muebles de su sala si le daba otro de los hijos de Pichota, y sin aguardar mi contestación, entró en la cocina, después en el cuarto obscuro, púsose en acecho, y lo mismo que un gato caza al ratón, así cazó él al gato. Cuando salió, tuve que curarle los arañazos que en la cara traía. El tercero pe-

reció de la misma manera, y después de esto Pichota ha desaparecido de la casa, tal vez por haber entendido que no está segura.»

Siseta y yo convinimos en que era urgente rezar, con la esperanza de que, á fuerza de ruegos, nos enviase Dios, por sus misteriosos caminos, algo de lo que tanto necesitábamos. Pero rezamos, y Dios no nos mandó nada.

## XII

Meditaba yo sobre la deserción del pobre animal, cuando se nos presentó de repente Nomedeu. Su aspecto era por demás macilento y cadavérico, habiendo perdido á fuerza de padeceres físicos y morales hasta aquella bondadosa expresión y el dulce acento que le distinguían. Su vestido estaba desordenado y roto, y traía la escopeta de caza y un largo cuchillo de monte.

«Siseta—dijo bruscamente, y olvidándose de saludarme, á pesar de que hacía algunos días que no nos veíamos.—Ya sé dónde está esa pícara Pichota.

—¿En dónde está, Sr. D. Pablo?

—En el desván que hay en el fondo del patio y que servía de pajar y granero cuando yo tenía caballo.

—Tal vez no será ella,—dijo mi amiga en su generoso anhelo de salvar al pobre animal.